

José Granados – Stefan Zarnay (eds.)

# HONRAR LA CARNE DEL SEÑOR

Horizontes para la  
vida consagrada

didaskalos

99



JOSÉ GRANADOS – STEFAN ZARNAY  
(eds.)

# HONRAR LA CARNE DEL SEÑOR

*Horizontes para la vida consagrada*



*Imagen de cubierta:* P. Ioan Gotia, DCJM

*Primera edición:* Julio 2025

© José Granados – Stefan Zarnay (eds.)

Impreso en España. Printed in Spain

Depósito legal: M-14799-2025

ISBN: 978-84-19431-60-8

Maquetación: M.<sup>a</sup> Teresa Millán Fernández

Impresión y encuadernación:

Editorial Didaskalos

Valdesquí 16, Madrid 28023

[www.editorialdidaskalos.org](http://www.editorialdidaskalos.org)

Queda prohibida, salvo excepción, prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal).

# Índice

	<u>Págs.</u>
PREFACIO . . . . .	9
<i>(Luis de Prada García)</i>	
INTRODUCCIÓN . . . . .	15
CAP. I. HONRAR LA CARNE DEL RESUCITADO: VIDA CONSA- GRADA Y LENGUAJE DEL CUERPO . . . . .	25
<i>(José Granados García)</i>	
1. Vida consagrada en nuestra edad secular. . . . .	27
2. La vida consagrada en clave sacramental . . . . .	33
3. Los consejos evangélicos: una propuesta sacramental. . . . .	41
Conclusión . . . . .	52
Bibliografía. . . . .	54
CAP. II. VIRGINIDAD: EL AMOR MÁS GRANDE . . . . .	57
<i>(José Noriega Bastos)</i>	
1. La virginidad como anticipación escatológica . . . . .	58
2. La virginidad de Cristo . . . . .	59
3. La llamada a la virginidad en la Iglesia . . . . .	61
4. El don que se recibe en la virginidad . . . . .	62
5. La promesa de la virginidad. . . . .	63
6. La fecundidad de la virginidad . . . . .	65
CAP. III. DESPOSARSE CON LA SABIDURÍA: LA VIRGINIDAD, DE LA CREACIÓN A LA ALIANZA . . . . .	67
<i>(Carlos Granados García)</i>	
1. Los albores de la creación . . . . .	68

	<u>Págs.</u>
2. “Figuras” de virginidad en el Antiguo Testamento .	69
3. Descubrimiento de la “figura esponsal” de la virginidad: la Sabiduría . . . . .	76
4. De las figuras al cumplimiento . . . . .	79
Conclusión. . . . .	81
Bibliografía. . . . .	82
CAP. IV. EUNUCOS POR EL REINO (MT 19,12). UNA VIRGINIDAD FECUNDA. . . . .	85
<i>(Luis Sánchez Navarro)</i>	
1. “No aprovecha casarse”: una objeción muy actual .	86
2. Los eunucos en la Escritura: de la exclusión a la promesa. . . . .	86
3. Los eunucos en Mateo (Mt 19,10-12): una paradoja, un reto . . . . .	89
4. “Por el reino de los cielos”. . . . .	94
5. El dicho sobre los eunucos y la tradición apostólica: Lucas y Pablo . . . . .	96
6. La virginidad en el NT: un carisma de Dios . . . . .	101
Conclusión: una nueva fecundidad . . . . .	103
Bibliografía. . . . .	103
CAP. V. ALIANZA DE AMOR ESPONSAL. CONSAGRACIÓN VIRGINAL Y TEOLOGÍA DEL CUERPO . . . . .	107
<i>(Leopoldo Vives Soto)</i>	
1. La vocación fundamental del hombre al amor. . . . .	109
2. Virginidad y soledad originaria . . . . .	112
3. En la resurrección no se casarán (Lc 20,35). . . . .	114
Conclusión. . . . .	119
Bibliografía. . . . .	121

	<i>Págs.</i>
CAP. VI. LA OBEDIENCIA, CONCORDIA EN EL CUERPO DE CRISTO . . .	123
<i>(Luis Granados García)</i>	
1. Una obediencia que mata . . . . .	124
2. La encrucijada de la obediencia. . . . .	128
3. Del drama a la tragedia: una libertad encerrada . . .	131
4. La obediencia libre de Cristo . . . . .	133
5. Participar de la obediencia de Cristo: del Bautismo a los votos religiosos . . . . .	138
6. El don de la obediencia: concordia en el cuerpo filial de Cristo . . . . .	139
7. La tarea de la obediencia: concordia en el cuerpo esponsal . . . . .	144
8. La obediencia paterna del superior: Concordia que hacer crecer . . . . .	147
Conclusión . . . . .	150
Bibliografía. . . . .	151
CAP. VII. CRISTO RESUCITADO, EL TESORO DE LA POBREZA EVANGÉLICA: POBRES DESDE LA PERTENENCIA . . . . .	155
<i>(Ignacio de Ribera Martín)</i>	
1. Pobreza evangélica: hacerse pobre por el Reino de los Cielos . . . . .	159
2. Jesucristo: el Reino de los Cielos en medio de vosotros. . . . .	166
3. Pobreza evangélica desde la virginidad: la lógica de la pertenencia y la plenitud de la caridad bautismal . . . . .	169
4. Bienaventurados los pobres: la nueva riqueza y la transformación del tener . . . . .	173
5. Consecuencias del voto de pobreza: el martirio del Reino de Dios . . . . .	183
Conclusión . . . . .	186
Bibliografía. . . . .	187

	<u>Págs.</u>
CAP. VIII. NUESTRA RIQUEZA, EL CUERPO RESUCITADO: VIDA RELIGIOSA, POBREZA, ESPERANZA . . . . .	189
<i>(Juan de Dios Larrú Ramos)</i>	
1. Dichosos los pobres en el Espíritu . . . . .	193
2. Pobreza y esperanza. . . . .	198
3. “De los amigos, siempre esperamos lo mejor”. . . . .	201
Conclusión: Vivir en el Resucitado . . . . .	206
Bibliografía. . . . .	212
 CAP. IX. VIDA CONSAGRADA EN LA IGLESIA: ¿QUÉ BIEN COMÚN?	 215
<i>(Stefan Zarnay)</i>	
1. Un solo corazón y una sola alma: el bien común en la comunidad religiosa . . . . .	217
2. Vida consagrada para el bien común de la Iglesia universal. . . . .	226
3. Vida consagrada como minoría creativa sacra- mental . . . . .	232
Conclusión . . . . .	239
Bibliografía. . . . .	240

---

## Prefacio

*Luis de Prada García, dcjm*

Es una alegría poder prologar este libro, que abre horizontes teológicos para orientar la vida consagrada en nuestros tiempos difíciles. Dado que los autores de los capítulos que siguen son miembros de los Discípulos de los Corazones de Jesús y María, he pensado que podría ayudar al lector señalar algunas claves del modo de vivir los consejos evangélicos en nuestra congregación religiosa. De este modo se percibe la experiencia que funda las perspectivas que el lector encontrará en estas páginas.

Siguiendo al Concilio Vaticano II nuestras constituciones subrayan que los consejos evangélicos son un don divino que la Iglesia ha recibido de Cristo y que, con su gracia, conserva siempre (*Lumen Gentium*, 43). Hay aquí gran esperanza. Pues, por muchas dificultades que conozca la Iglesia, el Señor no dejará de atraer, bajo la acción del Espíritu Santo, a quienes le sigan más de cerca.

A su vez, esta llamada del Señor provoca la respuesta del corazón humano para profesar los consejos evangélicos, entregando la vida enteramente al servicio de Dios en la Iglesia. Esta consagración, que es obra de Dios y que, a la vez, contiene la respuesta humana, está radicada íntimamente en la consagración del bautismo y la expresa con mayor plenitud (Constituciones de los Discípulos de los Corazones de Jesús y María [=CDCJM] 11). Para entender la forma en que vive el Discípulo su consagración resulta decisivo este pasaje de nuestras constituciones:

“El discípulo, al contemplar con María a Cristo crucificado, oye la voz del maestro que le llama a ser uno con Él, consagrado por el Espíritu Santo en servicio a la Iglesia, y a vivir en el Crucificado el misterio del corazón del Redentor, en el que se desvela el inmenso amor del Padre” (CDCJM 3).

Recojamos de aquí algún elemento del don particular o carisma que el Señor ha concedido a los Discípulos. El carisma solo se puede definir narrando nuestra historia concreta. Y para nosotros fue clave la experiencia de una amistad con Cristo compartida con otros. Procedíamos de grupos marianos donde se vivía un deseo de una amistad siguiendo a Cristo. De ahí el Señor suscitó nuestro deseo de vivir radicalmente esta llamada. La hemos entendido como un seguimiento corporal del Señor donde se pudiese vivir como amigos de Cristo, es decir, se pudiese vivir la comunión fraterna con y en Cristo.

¿Cuál era el centro de esta historia de amistad? Se trataba de la fascinación por Cristo, y éste, crucificado. Como enuncia la fórmula de las constituciones que acabamos de citar, contem-

plamos al crucificado con María, es decir, dejándonos formar por Ella bajo la acción del Espíritu Santo. Y en esa contemplación escuchamos la voz del Maestro que nos llama a ser uno con Él. Es la llamada del Rey eterno, en la Cruz, a seguirle existencialmente y a participar en el misterio de su Corazón redentor.

Por tanto, a través de la humanidad se nos revela el misterio de Dios. A través de su corazón, lo más íntimo de Cristo, se nos descubre que Dios es Padre y se nos descubre el inmenso amor del Padre. Nuestra mirada al corazón de Cristo no se queda en Él, sino que acude al misterio central que le anima, y que movía a Cristo a decir: “¡Abbá, Padre!” Hay en el centro de nuestra llamada de Discípulos una experiencia de filiación.

Y no falta la presencia y acción del Espíritu, que ha estado muy presente en nuestra vida y en nuestra reflexión. Es el Espíritu de amor el que nos consagra y nos entrega a la Iglesia como partícipes del misterio redentor unidos a Cristo crucificado. Nuestra mirada al corazón de Cristo ve allí un manantial, del que está brotando sin cesar el agua del Espíritu Santo. Y el Espíritu nos comunica a Cristo y nos configura con Él. Así, nuestra mirada al corazón de Cristo nos introduce en el misterio trinitario.

He dicho antes que, una vez consagrados por el amor de Cristo, respondemos con la propia entrega en la vida consagrada. Y es que el corazón de Cristo no nos revela solo el amor que el Padre nos tiene, sino también cuál es la respuesta humana adecuada a este amor del Padre. Pues Jesús, que nos revela cuánto nos ama el Padre, nos revela también que un corazón humano es capaz de responder a tanto amor. Cristo ha abierto un espacio, el del corazón humano del Hijo de Dios, para que entremos en él y para que desde él respondamos al Padre.

Se entiende así que nuestra vocación enlace perfectamente con los dos grandes santos patronos de nuestro instituto religioso. Por un lado, san Ignacio de Loyola, que entiende la consagración como conformación al amor de Cristo, según la llamada del Rey eterno para compartir trabajos y así poder acompañarle también en la gloria. Por otro lado, san Juan Pablo II, que ve la consagración virginal como “amor esponsal por el Redentor mismo” (exhortación apostólica *Redemptionis Donum*, n.11), de forma que respondamos al amor de Dios con todas las fuerzas del amor humano.

Así, viviendo esto entendemos, en primer lugar, la necesidad de la *virginidad*. Cristo pide todas nuestras fuerzas de amar. La unión afectiva con Él tiende a hacerse real. Esta integración solo puede ser don de Dios, acogido por el discípulo. Por eso el discípulo mira a María, la Madre y Maestra, se fija en su corazón humilde, sencillo, limpio, transparencia de Dios y le pide que, junto con el Espíritu Santo, forme su corazón semejante al de Cristo: un corazón solo para Dios, que busca hacer su voluntad, que acoge como María el don.

La *obediencia* es la consecuencia de un corazón virginal como el de Cristo, un corazón que solo busca lo que el Padre quiere. Esto es lo que nos descubre el Corazón de Jesús: que Cristo es hijo del Padre, y que hay una pasión de amor entre el Padre y el Hijo. Esto genera una relación de obediencia filial. El discípulo quiere vivir, insertado en el corazón de Cristo, esa relación paterno filial. Quiere ser Cristo vivo obediente hasta la muerte y muerte de Cruz. María nos enseña con su vida a confiar y obedecer en todo al Padre.

La *pobreza* es consecuencia de la fascinación por Cristo, por el deseo de comunión con él. Es ser como Cristo, que siendo rico

se hizo pobre para enriquecernos (2Cor 8,9). Es vivir de cara al Padre, sujeto a la providencia, abandonado ante ella y en una gran confianza y libertad. El discípulo quiere seguir el camino del Maestro. Sabe que no puede nada sin Cristo y acude a María, la esclava del Señor, para vivir en las manos de Dios.

Por último, la *vida fraterna* nace en los discípulos del asombro, admiración y fascinación por Cristo. La relación con Cristo es el bien que los Discípulos comparten y que funda nuestra amistad. Nos fascina y atrae lo mismo, y nos hacemos amigos al trabajar por el mismo bien compartido. Es una pasión común por Cristo, que luego se transforma en compartir la pasión de Cristo: el Padre.

En suma, la vida consagrada de los Discípulos es una respuesta de amor a la llamada de Cristo crucificado. La atracción poderosa de la humanidad de Cristo, Dios y hombre verdadero. llama al discípulo a seguirle corporalmente y le invita a entrar en el misterio de su corazón. Allí descubre al Padre y, por el Espíritu Santo, se entrega a la Iglesia como partícipe del misterio redentor.

Desde esta vivencia de nuestra consagración nacen las reflexiones que el lector encontrará en estas páginas. Espero que abran horizontes para la vida consagrada, tan necesaria en estos tiempos inciertos para apuntar el camino hacia la plenitud del Resucitado.

---

## Introducción

“Para honrar la carne del Señor”. La frase de san Ignacio de Antioquía (*A Policarpo* V, 1-2) que da título a este libro se refiere a quienes abrazan la virginidad. Esta honra de la carne de Cristo puede entenderse de distintas formas. Podría tratarse de su carne mortal y terrena, que abrazó la virginidad y que los consagrados honran al prolongar su presencia en la Iglesia. Pero podría ser también su carne resucitada, que el consagrado honra al anticipar la gloria de Cristo en la Iglesia, que peregrina entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios. Afinando más: puede ser honra de la carne eucarística, pues la Eucaristía forma el ambiente concreto donde la resurrección se nos hace accesible.

Identificar la carne del Señor con la carne eucarística tiene una ventaja para entender la situación de la vida consagrada hoy. Pues la Eucaristía nos recuerda el ambiente en el que vive la Iglesia, y nos conduce a pensar en el entorno actual posmoderno.

Dado que la vida consagrada no consiste en un carisma individual, sino en un modo común de vivir dentro de la comunión visible de la Iglesia, le han afectado de lleno los cambios culturales que vivimos. Entenderlos es clave para entender cómo está llamada a florecer hoy la vida consagrada.

Por un lado, estamos en la “edad secular” (Charles Taylor), lo que supone que Dios queda recluido en los ambientes privados de la experiencia, sin papel en los lugares relacionales que fraguan la identidad humana. Lo que se excluye en nuestra sociedad, por tanto, no es simplemente a “Dios”, sino al Dios cristiano, que se ha manifestado en un Pueblo hasta poner su morada entre nosotros.

Por otro lado, vivimos hoy la desaparición de la cultura (Olivier Roy), es decir, de un modo compartido de vivir lo humano, de asumir una tradición, de proyectar e imaginar un futuro. La globalización ha diluido la cultura, que se ha vuelto abstracta, incapaz de determinar lo concreto y de que en ella se arraigue nada vital. Si los términos “cultura” y “cultivo” están relacionados etimológicamente, la cultura globalizada ha dejado de ser cultura, porque en ella no es posible cultivar.

Todo esto ha llevado al hombre de hoy a experimentar una cierta asfixia, oprimido por los lugares en que vive. Se encuentra prisionero del espacio de la naturaleza y del cosmos, que se consideran, en todo el tiempo moderno, neutros y privados de significado humano. Pero se encuentra prisionero también de los espacios culturales, que el hombre posmoderno ve construidos por ideologías opresoras contra determinadas razas o contra determinadas opciones de vivir la sexualidad. De resultas, el hombre no capta la relación entre estos espacios naturales o

culturales, por un lado, y la plenitud de vida que busca, por otro. Y añora la salvación como una huida de estos lugares, a modo gnóstico: fugarse del mundo.

Ante esta salvación como escapatoria de los ámbitos que habita el hombre, el cristianismo propone otra salvación: salvar esos ámbitos, empezando por los ámbitos radicales, que son el propio cuerpo y la propia familia. La salvación que ya ha traído el cristianismo no sucede sólo por dentro, como propone la mirada protestante. El cristianismo ha salvado ya esos lugares relacionales donde se pone en juego la vida. Ha salvado ya la forma de comer y de celebrar; ha salvado ya nuestro ocio y trabajo; ha salvado ya los horarios y los hogares... ¿Dónde se da esa salvación?

San Agustín nos informa de que los cristianos púnicos llamaban al bautismo “salvación”, y a la Eucaristía “vida” (*Consecuencias y perdón de los pecados y el bautismo de los párvulos* I 24,34: *Obras completas*, vol. IX, BAC, Madrid 2007). Como el bautismo es la puerta a la Eucaristía, la Eucaristía es, entonces, “vida salvaada”. La Eucaristía se muestra, así, como el espacio raíz abierto por Cristo para que el hombre pueda arraigarse y florecer.

Volvemos así a la “honra de la carne del Señor” en clave eucarística. Entendemos hoy la importancia de esta honra del espacio salvífico que humaniza al hombre y le abre hacia Dios. Aquí radica la clave para entender la vocación consagrada y su situación hoy. Los cambios que han desestructurado el ambiente cultural y religioso obligan a resituar la vida consagrada. Es necesario, en concreto, reentroncar todas sus formas vitales con la forma de la Eucaristía.

Recordemos, para ello, que la vida consagrada consiste en instalarse ya en esta salvación plena de la Eucaristía. Nos

ayuda comparar la vida consagrada con la vocación matrimonial. Quien se casa en el Señor habita el orden originario de la creación, mostrando cómo este orden se puede orientar hacia la Eucaristía e integrarse en Ella. La vocación consagrada, por su parte, consiste en habitar ya en el nuevo orden eucarístico, iluminando desde este orden eucarístico el destino del orden creatural. La pobreza, virginidad y obediencia son las tres coordenadas que traducen en la vida del consagrado dicho orden eucarístico.

Las distintas formas de la vida consagrada que han surgido a lo largo de la historia (la vida eremítica o cenobítica, los órdenes mendicantes o las apostólicas...) han sabido dar a su vida la forma eucarística en los distintos entornos que les tocaba vivir. La forma eucarística donde habita de raíz el consagrado no cambia, pues está marcada por la Eucaristía y, por tanto, por la virginidad, pobreza y obediencia. Pero sí cambia el mundo donde esa forma eucarística se instala. En cada época es necesario, por tanto, reinventar las mediaciones que permitan vivir la plenitud de Cristo, es decir, que permitan mantener su vínculo con la Eucaristía.

¿Qué ocurre si falta este entronque de cada una de nuestras prácticas con la Eucaristía? Queda, por un lado, la opción de vivir la vida consagrada *arcaicamente*, desde la nostalgia por épocas doradas en que la fe tenía mayor vigencia. Pero de este modo el consagrado no anuncia la plenitud que viene, sino la gloria que pasó. Otra opción es vivir las prácticas de la vida consagrada *marcando la propia identidad*, que nos diferencia de otros, reacción normal en nuestro mundo globalizado e indistinto. Pero entonces habríamos renunciado a que nuestra forma de

vida se relacionara con la plenitud de Cristo para todo lo humano. Podría optarse, en fin, por una *vivencia funcional o utilitaria* de la vida consagrada, que facilitara dedicarnos a la misión. Pero entonces la vida consagrada sería, a lo más, instrumento hacia la salvación, no vida salvada ya en sí misma.

Este entronque eucarístico es especialmente importante hoy, dados los grandes cambios culturales a que nos hemos referido antes: secularización y desculturización. Antaño, la comunidad que no se esforzaba en dar significado a sus prácticas, podría siempre apoyarse en un entorno cultural humano y cristiano. Hoy, si ese esfuerzo no se realiza, nos colonizan formas culturales débiles que, al no tener contenido que las abra a Dios y a lo humano, acaban llenándose a partir de las emociones individuales de cada uno.

Desde este planteamiento es posible determinar tres claves de lectura de las distintas contribuciones que componen este libro.

*En primer lugar*, observaremos un esfuerzo por situar la vida consagrada en relación con la experiencia creatural originaria del hombre, experiencia diluida en este tiempo de cultura débil. Pues la vida consagrada es la plenitud anticipada de una forma de vida que corresponde con el proyecto del Creador, y es necesario entender ese proyecto para ver cómo se cumple anticipadamente en el consagrado. Una consecuencia de esta situación actual de cultura débil, es que a la vida consagrada le es más necesaria que nunca la alianza con la vocación conyugal a la santidad. Pues es esta vocación la que conserva y genera el proyecto originario del Creador en su tensión hacia Cristo. A la vida consagrada, que se instala en el cuerpo eucarístico, corresponde iluminar desde el destino último esta experiencia

originaria matrimonial, abriendo así para las familias un horizonte de esperanza.

*En segundo lugar*, la vida consagrada se estudia en este libro en su dimensión relacional, orientada desde el ambiente eucarístico. Este ambiente es necesario para poder vivir los consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia. Los consejos, por derivar de la instalación del consagrado en el ambiente de la Eucaristía, no se promueven solo por acción directa, sino generando ese ambiente donde es posible vivirlos. Sin ese ambiente, los consejos se mantendrán solo con una cierta violencia. Al contrario, si el ambiente permite entender el trabajo como misión compartida, será natural vivir la obediencia en concordia para el bien común. Y si el ambiente permite ver la vida común como amistad en Cristo, será natural vivir la pobreza como esperanza por el fruto definitivo. Y si el ambiente enmarca el cuerpo y los afectos desde la búsqueda radical de Cristo, será natural vivir la virginidad como “amor sponsal por el Redentor mismo” (san Juan Pablo II, *Redemptionis Donum*, 11).

*En tercer lugar*, esta mirada a las experiencias creaturales y al entorno eucarístico permite una mirada sobre la vida consagrada que abra horizontes de futuro. Ante la crisis de futuro, manifestada en las opciones de vida infecundas de nuestra sociedad, es necesario el testimonio de la vida consagrada, que no revela al hombre que fue, sino al hombre que será. Esta forma del futuro, anclada en las experiencias creaturales originarias y en el ambiente eucarístico de vida, está dada por la pobreza, castidad y obediencia. Los votos pueden verse, así, no como mera renuncia al mundo que pasa, sino como amor al mundo por parte de quien lo reconoce como semilla y abraza ya su fruto último.

Revisemos desde aquí las contribuciones contenidas en este volumen. Un primer capítulo, de José Granados, explora los retos y esperanzas de la vida consagrada en el contexto posmoderno, que vive crisis de tiempos y espacios humanos. La vida religiosa aparece, desde el encuentro con el Resucitado, como conformación con el cuerpo de Cristo en la virginidad, como extensión del espacio abierto por Cristo a Dios en la pobreza, como prolongación del tiempo vivido por Cristo, en la obediencia.

*La virginidad* aparece tratada en primer lugar por José Noriega. Noriega muestra cómo, por el voto de virginidad, el sistema afectivo-relacional de Cristo, que vive en el Padre y para los hombres, se plasma en el consagrado. La virginidad consiste en recibir la presencia interior de Cristo, la cual permite la entrega total del consagrado a Él. Esto supone una transformación del cuerpo y los afectos, que conlleva a la vez el silencio de la actividad sexual y la apertura a una fecundidad nueva.

Carlos Granados profundiza a continuación en la virginidad según el Antiguo Testamento, que a través del “desposorio con la Sabiduría” anticipa ya, hacia Cristo, la experiencia virginal, que luego recogerá san Pablo. Precisamente en el mensaje del Nuevo Testamento sobre la virginidad profundiza, en el siguiente capítulo, Luis Sánchez Navarro, centrándose en lo que significa convertirse en eunucos por el Reino de los cielos, lo cual permite entender la virginidad como carisma fecundo. Concluye la presentación de la virginidad Leopoldo Vives, que parte de la reflexión sobre el cuerpo como expresión de la persona y de su llamada al don de sí. Este don de sí encuentra plenitud en el don que Cristo hace de su cuerpo en la Eucaristía y Cruz, don

que el consagrado recibe y al que responde radicalmente. Esta reflexión, articulada por san Juan Pablo II en sus *Catequesis sobre el amor humano* (la llamada “Teología del cuerpo”), puede enriquecer la comprensión de la llamada virginal.

La contribución de Luis Granados se centra sobre el voto de *obediencia*. Tras revisar las objeciones contra la obediencia, que se fundan en modos perversos de entenderla, el capítulo muestra cómo la obediencia de Cristo fundamenta la obediencia del consagrado, y permita entenderla desde la libertad y la concordia. En todo esto queda claro que la obediencia puede entenderse si se recupera el concepto de bien común, como bien comunitario propio del hombre más allá de sus bienes particulares aislados. Entonces la obediencia se convierte en una apertura más allá de nosotros que nos hace crecer, permitiéndonos querer con mayor amplitud. Precisamente al bien común se dedica la última contribución de este volumen, escrita por Stefan Zarnay. El concepto de bien común recuerda que el florecimiento humano solo puede suceder juntos, de forma que florezco como persona solo si florecen mis hermanos. Esta visión de la comunión que integra la identidad personal de cada uno es el fundamento para entender la dimensión comunitaria de toda la vida consagrada.

Siguen dos contribuciones sobre *la pobreza*. En la primera, Ignacio de Ribera profundiza en la transformación de la propiedad de los bienes desde la virginidad. En la segunda, Juan de Dios Larrú se centra sobre su conexión con la esperanza. El pobre, que según una frase de san Jerónimo “sigue desnudo a Cristo desnudo”, percibe sobre todo la atracción de Cristo Resucitado, que anuncia a los pobres la posesión del Reino. Ambos autores muestran la pobreza desde el misterio del Resucitado,

que transforma nuestra presencia entre las cosas del mundo. La pobreza no se ve aquí como mera renuncia, sino como adquisición de la plenitud definitiva de los bienes. El consagrado abraza el fruto del cual los bienes contienen la semilla.

La portada de este libro es obra del P. Ioan Gotia, dcjm, y se inspira en una imagen que se encuentra en el monasterio de Santa Sabina, en Roma. La vida consagrada aparece como amistad en busca de la sabiduría, cuyo estudio se representa en los libros abiertos, y cuya plenitud se encuentra en el libro del Crucificado. La amistad de los consagrados se apoya en la mirada común a Cristo, el Maestro. Al fondo aparece la ciudad, pues la vida consagrada está llamada a evangelizarla, ayudándola a cultivar el bien común, cuyo cimiento y plenitud están en Dios.

Añadamos una aclaración sobre el lenguaje usado. Siguiendo la terminología usual desde el Concilio Vaticano II, y en la que luego ha insistido sobre todo Juan Pablo II, hablaremos en este libro con preferencia de “vida consagrada”, más que de “vida religiosa”. Hablar de “vida consagrada” pone de relieve que esta forma de vida supone una peculiar consagración, que une al hombre a Dios y le entrega al servicio de sus hermanos. Para un análisis preciso de esta terminología puede verse G. Uríbarri, “La peculiar consagración religiosa”, en G. Uríbarri – N. Martínez-Gayol, *Raíz y viento. La vida consagrada en su peculiaridad* (Sal Terrae, Santander 2015) cap.1-7.

Si la vida consagrada honra la carne del Señor, esta carne fue formada en el vientre virginal de María. A su vez, la vida de Jesús requirió de María una transformación en su modo de vivir las relaciones que iba fraguando en la historia. Siguiendo a su Hijo como peregrina en la fe, Ella transformó su entorno

relacional a la medida del cuerpo entregado de Cristo, es decir, a la medida de la Eucaristía, y de este modo se convirtió en Iglesia naciente. Ella es, así, no solo un icono de la vida consagrada, sino el ambiente donde la consagración puede vivirse. Desde Ella, la vida consagrada se hace también ambiente regenerador de la cultura social y eclesial, donde puede crecer y madurar lo humano hacia Cristo.

JOSÉ GRANADOS – STEFAN ZARNAY

Roma, 2 de febrero de 2025

*Fiesta de la Presentación de nuestro Señor en el Templo,*

Jornada mundial de la vida consagrada

Este libro ofrece una profunda reflexión teológica y vivencial sobre la vida consagrada en el mundo actual, partiendo de la experiencia concreta de los Discípulos de los Corazones de Jesús y María. Más que un tratado, es un testimonio: el relato vivo de una vocación nacida de la amistad compartida con Cristo, de la fascinación por su humanidad, y de la contemplación de su Corazón crucificado con los ojos de María.

Desde una espiritualidad trinitaria y profundamente eclesial, los autores iluminan el sentido de los consejos evangélicos —pobreza, castidad y obediencia— como respuesta de amor al amor del Padre revelado en el Hijo, bajo la acción del Espíritu. En un tiempo de desafíos y confusión, estas páginas abren horizontes de esperanza, renovando la llamada a una entrega total que nace de la contemplación y se expresa en la comunión fraterna, en la pobreza confiada, y en la obediencia filial.

Un texto esencial para quienes buscan vivir su consagración como un camino de unidad con Cristo y de servicio fecundo en la Iglesia.